

ELECCIONES ITALIANAS

Centro-sinistra: la alianza inevitable

«¡Victoriosa», exclama «L'Unità» de Roma, al conocerse los resultados del escrutinio. «L'Unità» es el órgano oficial del partido comunista y, en efecto, las elecciones le han dado una nueva fuerza: un mayor número de diputados, un mayor número de senadores. Era ya el segundo partido de Italia: ha reforzado su posición. Pero el primer partido, la democracia cristiana, ha reforzado también la suya. ¿De dónde han salido esos votos? Desde luego, de los pequeños grupos marginales, de los neofascistas, de los monárquicos; de los grupos sin esperanza. Pero, sobre todo, del partido socialista. El partido socialista era, hasta hace poco, dos partidos, dos hermanos gemelos: el de la izquierda, dirigido por Nenni, y el de la derecha, dirigido por Saragat. La izquierda, Nenni, vaciló un tiempo acerca de si debía buscar una cofabulación con los comunistas. Finalmente, se inclinó hacia la derecha, hacia Saragat: el 30 de octubre de 1967 se selló, con un acto enfático, la nueva amistad después de dieciocho años de separación. Apenas había pasado un mes cuando, en las elecciones parciales (27 y 28 de noviembre), el nuevo partido socialista unificado perdió ya electores. La tendencia se ha acentuado ahora de una manera grave. Si en las elecciones generales de 1963 obtuvieron el 20,3 por ciento de los votos, en ésta han obtenido el 15,2.

El problema del partido socialista es sencillo: está preso por su alianza con la democracia cristiana. La coalición centro-izquierda se hace a costa suya. Partido de procedencia marxista, viejo partido revolucionario y laico, se ve obligado cada día a perder parte de sus principios doctrinales. El malear social —las huelgas de octubre de 1967 y febrero de 1968— le atañen; le atañen ciertas reformas de costumbres que sus afiliados laicos le piden, pero que su alianza con los poderosos demócratas de filiación cristiana le impiden —la enseñanza laica, el divorcio—; es decir, cada vez más se le ve en el poder por el solo hecho de conservar el poder, de estar en él, pero maniataado para cualquier clase de reformas, sociales, universitarias o de costumbres. Este descontento de sus afiliados dirige un cierto número de votos hacia el partido comunista. Ciertamente, una alianza de los socialistas con los comunistas —lo que se llama un frente popular, aunque la frase haya perdido en nuestros tiempos el carácter revolucionario que tuvo alguna vez— podría convertir la situación italiana en otra. Pero el partido socialista unificado, por miedo a ser devor-

rado por el partido comunista, lo ha sido y lo está siendo por el centrista, por la democracia cristiana.

La ganancia de votos comunistas ha sorprendido. Sobre todo ha sorprendido porque la fuerte campaña gubernamental presentaba al partido comunista como víctima de una degeneración que atañe más o menos a todos los partidos comunistas del mundo occidental. El viejo dirigente Mario Alicata murió en diciembre de 1967: sostenía en sus manos la herencia de Togliatti, que había sido el primer «reformista ortodoxo» del comunismo, el verdadero autor del pollicentrismo, en un documento que se llama impropriadamente «el testamento de Togliatti»: impropriadamente porque lo escribió cuando no pensaba que iba a morir, aunque se publicara —no sin ciertas dificultades, sin ciertas reticencias— después de su muerte. Sin Togliatti, sin Alicata, el PCI parecía destinado a la desintegración. Aparecieron unas breves ramas de las llamadas «prochinas»; apareció en el seno de su comité central una cierta división entre duros y blandos. Pero las últimas intervenciones italianas en los congresos comunistas internacionales, como el de Budapest, mostró la inclinación del partido por una tendencia hacia la democratización, por una discreta solidaridad con los movimientos de Checoslovaquia y de Rumanía. Esta posición le ha acarreado votos.

Los resultados electorales muestran que la coalición gubernamental, el centro-izquierda, puede seguirse manteniendo en el poder. Sigue siendo lo que se ha llamado «la alianza inevitable», como consecuencia de la falta de solución de recambio. Desgraciadamente, constituye una situación más de las que se multiplican en el mundo: la separación de sociedad política y sociedad real. El «centro-sinistra» se ha convertido en sistema. Los católicos nuevos —los de Giorgio La Pira, los extremistas conciliadores— lo repudian; creen que su cristianismo es de coyuntura y de conveniencia. Los proletarios y los reformistas también, porque ven que el partido socialista les abandona. La debilidad del sistema va a surgir una vez más cuando, ante la coalición, se presenten de nuevo los problemas sociales y cívicos que son los espectros de la coalición; y nada indica que la situación se pueda «afrancesar» en cualquier momento. Es decir, que los estudiantes —precursores ya de los estudiantes franceses— y los obreros no vayan a señalar con la violencia la ausencia de contacto con la realidad que tiene este sistema.

SOCIEDAD DE CONSUMO

El conflicto social no desaparece

Los actuales conflictos que vienen produciéndose en los sectores estudiantiles de varios países europeos y, sobre todo, los graves conflictos sociales en Francia, que centran hoy la atención de la prensa mundial, replantean toda una serie de cuestiones, pretendidamente superadas por algunos teóricos norteamericanos y europeos, los cuales se agrupan bajo el lema, tantas veces debatido, de «la crisis de las ideologías». En efecto, se ha llegado a afirmar que el proceso de transformación de las sociedades modernas está suponiendo la superación de las tensiones del capitalismo clásico, conduciendo, de forma inexorable, a la eliminación del conflicto social. En el marco de las sociedades neocapitalistas y, merced a la fuerte y continua incitación al consumo de masas, grandes sectores de la población acabarían por abandonar sus reivindicaciones tradicionales para mantener tan sólo simples expectativas consumistas, produciéndose la integración en el sistema y la participación en esquemas jurídico-institucionales predeterminados e impuestos por la clase dirigente. Según esta forma de interpretar la evolución de la sociedad, el antagonismo latente en las relaciones de producción se vería superado por la propia mecánica de los hechos, en el seno de una cuasi idílica «sociedad industrial». Sin embargo, los hechos que hoy se comentan (manifestaciones multitudinarias, diez millones de huel-

guistas, fuerte represión, ocupación de fábricas y Universidades) no vienen, precisamente, a ratificar esas tesis. La conflictualidad en las sociedades europeas avanzadas, no sólo no ha desaparecido, sino que parece extenderse a otros sectores de la población. El antagonismo latente en estas sociedades ha cambiado de forma, pero subsiste con todas sus consecuencias, y es susceptible de manifestaciones tan amplias y profundas como las que se presentan en el país vecino. De hecho, esa venturosa «sociedad de consumo» no es más que una sociedad de consumo forzado y orientado (Mallet), que pretende evitar, a corto plazo, cualquier contradicción entre consumo y producción (J. M. Maravall). Esa paradisiaca «sociedad integrada» sigue reservando los centros de decisión y de poder económico y político a unos determinados intereses. Esa racional «sociedad industrial» sigue originando un progresivo despilfarro económico. En el seno de esa sociedad, por último, la alienación del hombre en el proceso productivo y la irracionalidad de su comportamiento en el proceso de consumo permiten que se desarrollen nuevas y profundas contradicciones, que, si bien no son identificables en un primer momento por grandes sectores de la población, acabarán promoviendo una amplia toma de conciencia y una respuesta colectiva aún insuficientemente elaborada. ■ A. L. M.

SAUNDERS

Otra cara del nuevo teatro inglés

Desde la perspectiva crítica más familiar —en cuya formulación desempeñó un importante papel Kenneth Tynan, por entonces crítico teatral de «The Observer», el Nuevo Teatro Inglés era, fundamentalmente, un teatro «airado», impregnado de crítica social, literariamente desenfadado, y en todo opuesto a los esquemas del habitual y elegante teatro del Establishment. Al «orden» y «respeto al público» de los Coward, Rattigan o Priestley —independientemente de su distinta significación e importancia dentro del teatro conservador inglés— sucedía el teatro de los Osborne, Wesker, Arden, Behan, y tantos otros, variantes de una misma actitud generacional. Durante algún tiempo pudimos partir de supuestos generales para formular los juicios concretos que cada autor o cada obra suscitaban. La «crisis», decíamos, se manifestaba no sólo a través de un naturalismo testimonial y de protesta, sino, y de manera muy importante, en la obra de Pinter. La sociedad, en suma, era vapuleada desde dentro y desde fuera. Desde la crónica del absurdo y la destrucción de la identidad individual, o, de manera más racional, atacando sus arbitrariedades e injusticias. En uno y otro caso, desde la crisis o desde el optimismo revolucionario, la voluntad de patentizar el «desorden» resultaba implícita. Ahora, ante «Mañana te lo diré», la obra de Saunders, presentada en el María Guerrero durante una breve temporada, quizá convenga enriquecer el esquema. Saunders, hijo de obreros, pertenece a la sociedad de escritores que pudo surgir tras la gestión del primer gobierno laborista de posguerra. Es decir, responde socialmente a nuestras ideas sobre la generación de los un día «jóvenes airados». Y, sin embargo, su obra escapa a la disyuntiva —realismo crítico, confesión teatral del oprimido o crónica

del absurdo social e individual cotidianos— habitual para inscribirse en el drama de «investigación» personal, en el teatro que se pregunta por la entidad humana. Teatro dentro del teatro. Representación organizada para descubrir quién era realmente James Mason, un personaje real que pasó gran parte de su vida en voluntaria y total incomunicación con el mundo. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué se esconde tras esos datos —un nombre, unas fechas— que figuran en el registro civil? En definitiva, Saunders también es un dramaturgo de «crisis», también responde a la atomización de ciertos principios que daban seguridad a los ingleses de otras épocas; pero, en cualquier caso, resulta perceptible el distinto tono empleado respecto de un Osborne o un Wesker. En Saunders la cuestión pierde temporalidad para integrarse dentro de la perplejidad trágica de la sociedad occidental. Quizá —y ésta sería la consecuencia más interesante— porque, «enunciada» ya la crisis, lo que procede es escribir desde ella, contemplar el mundo desde ella, afrontarla o superarla desde ella. Saunders, cuya primera obra importante, «Mañana te lo diré», es del tardío 62, no deja de ofrecer, dentro de la coherencia general del movimiento, una respuesta. Si nos vale o no, es otra cuestión. Porque quizá sea un punto final tras el cual deba surgir un nuevo teatro, más ligado a las tareas de un Peter Brook que al discurso ideológico de los un día airados autores.

Las generalizaciones son siempre peligrosas. Pero lo cierto es que Saunders, a través de «Mañana te lo diré» —bien dirigida por Osuna, correctamente interpretada, con la nota sobresaliente de Manolo Díaz González—, acaba de mostrarnos una nueva cara, coherente con las ya conocidas, del joven teatro inglés. ■ J. M.

RESULTADOS ELECCIONES ITALIANAS

Democristianos, comunistas y republicanos han subido desde las elecciones de 1963. Bajaron socialistas —los perdedores de estas elecciones— liberales, missinos y monárquicos.

DEMOCRISTIANOS	12.426.861 (11.779.106)	366 (426)
SOCIALISTAS	4.684.329 (6.132.187)	91 (94)
REPUBLICANOS	1.026.074 (426.213)	9 (13)
LIBERALES	1.859.249 (2.144.279)	31 (39)
COMUNISTAS	8.555.131 (7.767.846)	172 (166)
SOCIALPROLETARIOS	1.474.042 (—)	—
MISSINOS	1.415.307 (1.576.282)	24 (27)
MONARQUICOS	414.143 (536.948)	6 (8)

(*) Entre paréntesis los resultados de las anteriores elecciones.
(—) no existían

VOTOS
ESCAÑOS